

ACTUALIDADES FEMENINAS ABANIQUEMONOS

Soy aficionada a abanicos antiguos. Hasta colecciono. Así es que, no exponiendo nada, por razones poco importantes, visité varias veces la Exposición del Abarico instalada en el Palacio de Bibliotecas y Museos, en la dependencia donde tales exhibiciones se suelen celebrar. Naturalmente (a pesar de las deficiencias que en él se notan), hube de servirme del catálogo llamado guía, no pudiendo hacerlo del ilustrado, etc., porque, a pesar de que el primero afirma que el segundo se ha publicado, cuando he tratado de adquirirlo me dijeron que no existía aún, y el duque de T'Serclaes, que me ofreció cortésmente un ejemplar apenas saliese a luz, no ha podido cumplirme su promesa.

Yo confieso que, en cuanto coleccionista, he celebrado no exponer. Siempre lleva consigo alguna molestia, y hasta riesgo, para tan frágil juguete como es el abanico. Y si pesase en mi conciencia el no haber podido contribuir a esta iniciativa de cultura, me descargaría de todo el remordimiento el hecho de considerarme su precursora, por mis conferencias sobre «El abanico», dadas en el Ateneo hace seis años, con proyecciones de algunos ejemplares de mi colección.

Por dos conceptos puede tener mérito y valor un abanico: o por la riqueza y exquisitez de su varillaje y pintura, o por la rareza y singularidad del testimonio artístico e histórico que representa. En ambos casos, para que sea más cultural su exhibición, requiere explicación bastante detallada y accesible al público. En la Exposición me hizo notar el marqués de Camarasa que al pie de cada ejemplar debiera leerse en una cartelita lo que es necesario buscar en el catálogo, perdiendo tiempo y fatigándose; y añado que el mismo catálogo no basta para conocimiento del espectador, a quien hay que suponer profano en la materia. Las explicaciones son sucintas y no hacen resaltar particularidades que a veces despiertan interés y siempre instruyen. Menudean los abanicos de los cuales se dice que tienen «asunto mitológico»; ¿cuál? No sería difícil explicarlo. Lo mismo digo de los «pasajes de historia griega»; y tanta vaguedad no puede contribuir a la difusión de enseñanza que siempre

se espera de estas Exposiciones. La fecha tampoco se suele precisar, a no ser en ciertos ejemplares de antiguo señalados por años o por épocas en sus inventarios.

Y con toda esta sobriedad, están de más 490 palabras, porque siendo 491 los aba-

nicos expuestos, no hacía falta, se me figura, repetir la palabra «abanico» para cada uno. Sentiré que estos mínimos reparos molesten a nadie: no es mi ánimo. Ya sé que tales cosas suelen hacerse con precipitación, sin el sosiego que requieren. Tampoco yo dispongo aho-

ra de espacio para fijarme en todo. Mi crítica es bien somera y sin pretensiones de infalibilidad.

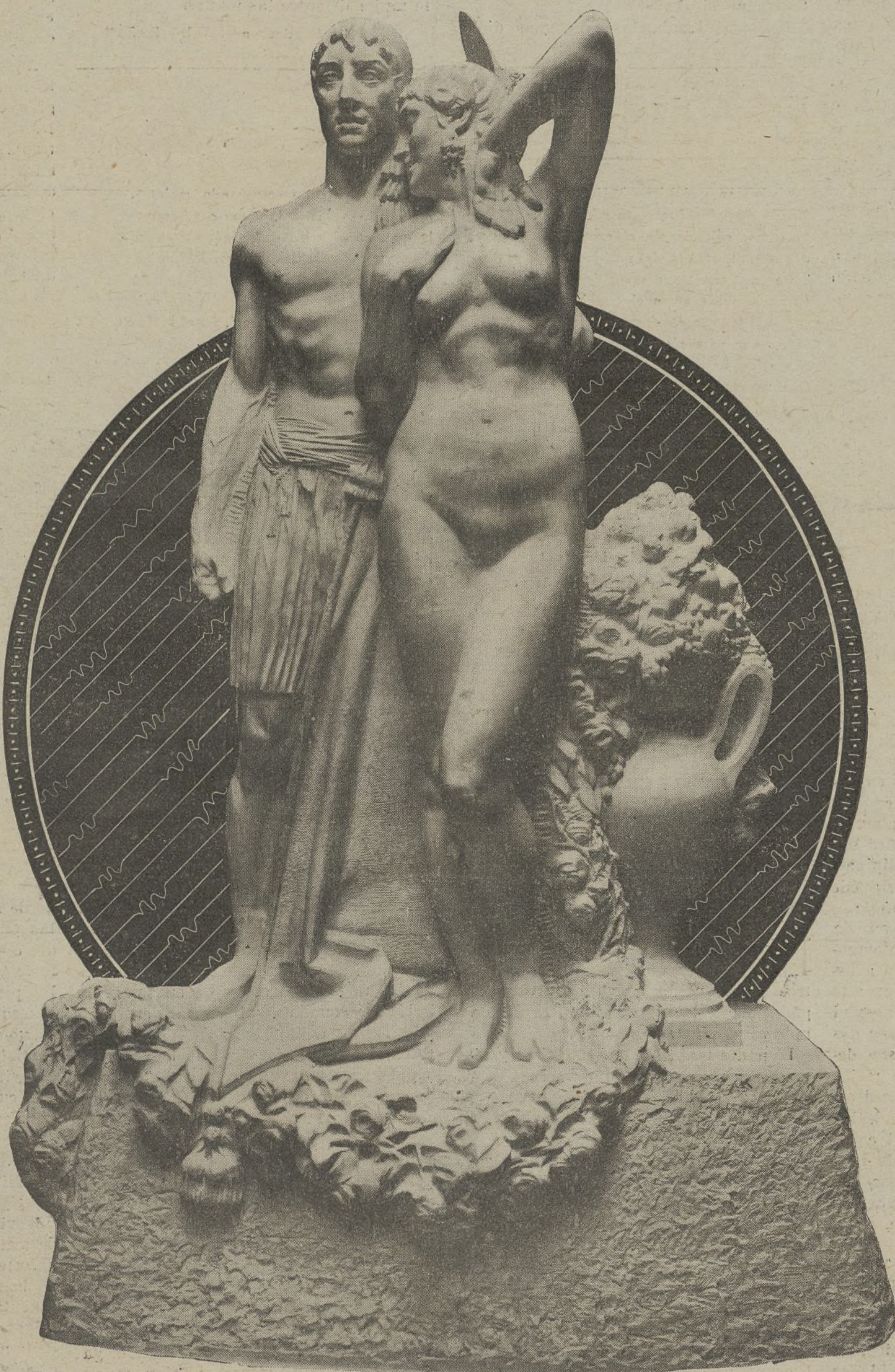
Del tipo de abanicos bellos hay muchísimos en la Exposición, y no tiene nada de extraño, puesto que, si faltan ejemplares de colecciones como la de la du-

quesa del Infantado, han concurrido las dos Reinas, las Infantas, la duquesa de Fernán-Núñez, el duque de Alba, y no pocos coleccionistas de la corte—entre ellos la condesa de Caudilla, que posee el fuego sagrado de la afición—, frangiendo sus cajones y ofreciendo su valioso contenido. Del tipo de abanicos raros y curiosos ya no es tan completo el surtido que resguardan las vitrinas. Sin duda, se ven notables ejemplares, que conmemoran sucesos y figuras de la Historia; pero aparecen tales elementos distantes en cantidad, si no en calidad, de los puramente clasificables como bonitos y suntuosos.

Además, de ciertas épocas, verbigracia, de la llamada de Isabel II, escasean los testimonios importantes; y de los abanicos que suelen decirse «de música», una modesta aficionada como yo ha reunido mayor número, y alguno muy antiguo, mientras que en la Exposición sólo veo los del período de Rossini, que, sin dejar de ofrecer interés, han abundado en el mercado. De los chinos y japoneses —no encuentro hecha la distinción de los de influencia asiática en la Oceanía española, que creo natural—hay en la sala séptima excesiva abundancia: setenta y nueve, nos dice D. Enrique Vaquer, siendo en total cuatrocientos noventa y uno los expuestos; veo bastantes muy parecidos, y para la enseñanza conviene mucho que se acusen de realce las diferencias. Entre los similares debió hacerse una selección. En estos abanicos, que, generalizando, llamaremos asiáticos, falta el Japón arcaico, hermano de las lindas y raras porcelanas, de los panzudos tibores, de las telas de colorido amortiguado, aunque intenso. Son modernos, relativamente, y hasta diría que de decadencia. El estilo Manila es el imperante.

Hay en la Exposición no pocos abanicos (según consta del propio catálogo) que tienen acoplado un paisaje antiguo o un varillaje antiguo también con paisaje o varillaje moderno.

EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES.—VALENCIA, ESCULTURA DE IGNACIO PINAZO MARTÍNEZ



En la vulgaridad y decadencia que predominan en la actual Exposición, el bellísimo es una afirmación de fuerza, clasicismo y espiritualidad.

10 de Pinazo

De éstos existirán quizá en todas las colecciones, por depuradas que se las suponga. Pero creo que en una Exposición no deben figurar. Aun siendo digno de alabanza el varillaje o el país, más valiera que apareciera desglosado que unido a algo heterogéneo. Hago una excepción con los que montó Alfonso XII para la Reina Cristina y que pertenecieron a doña Isabel de Farnesio. Estos son doblemente históricos.

Plantea esta Exposición un problema que confieso que no sé cómo se resuelve. Parece que se había pensado que fuese no más Exposición de abanicos españoles, y a ese fin habría tal vez de corresponder el epígrafe del catálogo: «El abanico en España». Porque claro es que en España se verifica la Exposición, y tan sencillo hecho no necesita atestiguar. Nos figuráramos más bien algo semejante al propósito de dar carácter nacional a la solemnidad, exhibiendo abanicos contruidos y pintados en nuestra patria. Y no descubro gran contingente de éstos. El Sr. Vegue, que ha hablado de la Exposición aquí mismo, nos dice que Portugal y España han tenido la prioridad de los abanicos de cierre. No conozco documentación para negar el aserto; pero es indispensable tenerla o saber que existe, y dónde, para admitirlo como seguro. Confieso mi ignorancia. Siempre había oído y leído que China era la patria del abanico de cierre o plegable, y que los misioneros trajeron esta innovación a Europa. Pero en historia y en erudición documentos cantan, y yo estoy persuadida de que, respecto al abanico, como a otras muchas cosas, lo que se sabe es insignificante al lado de lo que falta por averiguar. Si el Sr. Vegue puede fundamentar su aserto referente al abanico de cierre (los rígidos son de antigüedad remotísima, hasta perderse en la noche del Paraíso terrenal, donde ya es fácil que Eva se hiciese aire con una rama o una hoja de palmera), yo le agradeceré (sigo refiriéndome al Sr. Vegue) que me transmita esas noticias. Lo positivo es que, desde el siglo en que empieza esta Exposición, que es el XVII, no hallo tantos ejemplares que puedan decirse españoles. Los paisajes que fueron puestos en el Índice y existen en el Archivo Histórico Nacional (a ellos me referí en mis conferencias del Ateneo), muestran cuán activo era el comercio de importación de este artículo que hacía Francia. Claro es que, según avanzó el tiempo, fueron fabricándose cada vez más abanicos en España. Especialmente varillajes, en Valencia. Y ¿por qué no considerar abanico español, y tan español, el manileño? Nos pertenecían entonces todas las Filipinas. Esta forma de arte, en el abanico, puede reivindicar su nacionalidad española.

Volviendo a la Exposición, noto en ella la diferencia de los pintores contemporáneos, en este ramo, con relación a los antiguos. Ni los nombres tan justamente consagrados de Pradilla y de Haes, ni el del mismo Fortuny, del cual hay dos países, el número 296 y el 297, son demostración de que hoy se pintan mejor o tan bien como antes los abanicos. Hago, sin embargo, una salvedad. En la Exposición de París de 1900 vi en el pabellón de España un abanico de Fortuny que me pareció más hermoso que éstos. ¿Será la idealización del recuerdo? No he podido comprobar este dato, en la premura con que escribo.

No es la técnica del abanico la que pueden cultivar los modernos. Hoy se pinta muy de prisa, como se hace todo, y el abanico pide calma, primor, una paciencia de benedictino. El abanico, en su trabajo, exige las mismas cualidades que poseyeron los miniaturistas de misal. Y hasta se puede extender esta afirmación al marfilista, al que caló esos varillajes de hadas, al que los incrustó,

al que los revistió con la esmalteña tersura del «vernís Martin». Nosotros, los de este siglo, hemos perdido la noción de la labor lenta, fina, concentrada; estamos por el brochazo, por la precipitación anhelante. Y eso será muy genial, pero no es el arte del abanico.

No extrañemos, pues, que difícilmente se encuentren abanicos de ahora que puedan interesar. Industria, sí, e industria de pacotilla, es lo que vemos por todas partes. Asistimos al triunfo de las orquestas de gatos y perros, de las filas de ánades, de los augustos de circo y de los fantásticos Pierrots. En el abanico ya no palpita la vida nacional; los sucesos no se reflejan en él. El amor, inspirador de tantos abanicos en la centuria pasada, gracioso númen que en derroche de inextinguible fantasía los poblaba de imágenes risueñas, se ha ido, y le reemplazan los insulsos monillos que se columpian o los luengos caballos que britaniza un «joskey»...

Nuestras bisabuelas eran más dicho-

sas, pues lucían abanicos tan poéticos como el que veo catalogado con el carro del Sol, con las ternezas de Baco y Ariadna, con el rapto de Helena por París; y alrededor de tan deliciosas pinturas, eran nácares y marfiles, vitelas y sedas. Aun hoy, el aire enviado por ellos al rostro llega aromado con el tenue perfume de los dedos principescos o ducales que un día los manejaron. Suaves emanaciones del sándalo, el palo de rosa y la madera de *perdis*, cómo os parecéis a la mujer, a la mujer de antaño, enseñada a conocer el arte del abanico y otras artes, tan análogas a él, que yo poseo, en un abanico de papel transparente, la decoración de los Alcoras, y en un Luis XV los encantos del mueblaje *rococó*. No esperó que la actual abaniquería vuelva por su crédito, y sigo creyendo que habremos de conformarnos con las series de patitos y mininos, con el eterno bambú, más o menos japonés. Un hechizo se le ha ido a la mujer de entre las manos.

La Condesa de PARDO BAZÁN

Bendita tu mano

¿Sabes en qué pienso? No lo sé yo mismo. Miraba tan sólo. Me gusta mirar tu mano, cuidada sin el exotismo de los mil aceites de un rico *boudoir*. Tu mano, con tenue matiz sonrosada; tu mano suave como el terciopelo siempre seductora, siempre delicada... Mano que parece que fué modelada por artes de un brujo como Donatello. Cuando entre mis manos queda abandonada —grácil mariposa que detiene el vuelo—, cuando de ella todos los adornos quitas, mi pobre mirada, ¿cómo se recrea viéndola desnuda, sin una presea! ¿Las joyas mejores, aun las más bonitas, sólo favorecen a una mano fea! ¿Bendita cien veces, entre cien benditas, tu mano, de Virgen adorable, sea! No la apartes. Déjame que a gusto la vea. Esta mano tuya, por la que suspiro, que retengo ansioso y arrobado miro, es la que, abnegada, cuida tus primores y, para que ignores del sol los rigores, sobre tus mejillas su abanico tiende; la que en lindos huertos o en bellos alcores, donde tu hermosura sin igual esplende, acaricia niños y deshoja flores; la que en el reposo de los hospitales,

restañando heridas—mitigando males—, indefensas vidas a la muerte arranca; la que, en el regazo del hogar tranquilo, doma y esclaviza las hebras de hilo entre la pureza de la ropa blanca; la que, en dignas, torna miserias indignas con dádivas—faros de un alma hecha luz—; la que reproduce, cuando te persignas, la señal perenne de la Santa Cruz; la que reza, cura, socorre y labora con tales bellezas y virtudes tales que, a cada momento—siempre seductora!—, a mi amor inspira nuevos madrigales.

Yo, que de ambicioso blasoné hasta ahora, víctima voy siendo de mis convicciones, porque al ver tu mano, como nunca bella, mientras que mi vista se rinde ante ella, renace en mi pecho mi afán de ambiciones; y teniendo tanto—ya ves que te miro—, por mi afán, que pide siempre con exceso, ya tu mano cesa de mirar, y aspiró a que tú me dejes darte, en ella, un beso. ¿Que accedes? ¿Qué buena! Cual Dios soberano tienes en tu mano mi vida y mi muerte. Dicta mi sentencia. ¿Quién fuera gitano, por saber mi sino... leyendo tu suerte en las diminutas rayas de tu mano!

Guillermo FERNÁNDEZ SHAW

El hijo de la vejez

IBAN por los caminos desiertos y huraños, como en un siglo remoto los otros tres seres que la Escritura diviniza: el padre viejo, la madre joven, el niño venido al mundo días antes.

El padre tenía las barbas grises y aborrecidas; las manos, endurecidas de vejez y de humildes tareas; el paso, vacilante; la voz, trémula, y la espalda, encorvada.

La madre tenía los ojos azules y de dulce mirar; el rostro, ovalado y triste, como el de una niña precoz.

El infante aun no sabía sonreír y lloraba sin cesar.

De raro en raro amanecían dos mañanas en un lugar mismo. Y así como los harapos les arlequinaban el cuerpo, era arlequinesca su voz, que con tantos jirones de palabras se cubrían para suplicar limosna y cobijo o, por lo menos, libertad de seguir adelante.

El viejo sabía romances de diversas tierras, y a veces uno mismo con diferentes versos y el mismo rancio sabor. Cono-

cía también el secreto benéfico de algunas plantas; explicaba las rutas siderales en las noches claras, y en su sombrero baldado sonaban, al chocar entre sí, conchas de Compostela, cruces de Jerusalén, imágenes de vírgenes de Lourdes y del Pilar, y hasta una medalla extraña y pagana, que nadie supo dónde y cómo llegó a rozarse con los santos emblemas.

Así, tampoco podría decir la joven cuándo y dónde se unió a él, por hija primero, por esposa después, a la manera de esas inesperadas florecillas frágiles, claras e innominadas que alguna primavera sonríen sobre ciertos troncos rugosos y anchos por varias centurias.

Y el viejo, que tenía tal vez la edad de los patriarcas bíblicos, sin que nunca hubiera visto granar vidas de su sangre, engendró aquel hijo tardío cuando ya misteriosos sepultureros estarían cavando su fosa. Dios sabe en qué rincón del mundo.

La madre recibió al hijo con esa sonrisa melancólica de los desamparados todo

el año que reciben de una aristócrata la muñeca de Reyes a la luz de las fotografías de las revistas ilustradas.

Le daba su exiguo jugo materno, sintiéndose desfallecer de hambre y de cansancio. Por las noches, cuando el viejo dormía, ella dejaba caer sus lágrimas silenciosas sobre el llanto ruidoso del infante mezquino.

Pero el viejo no dormía. Desde que con sus propias manos, ennegrecidas por el cobre de las limosnas, arrancó de las entrañas la nueva vida palpitante y rojiza, no había vuelto a dormir con aquel sueño descuidado, y alerta al mismo tiempo, de los vagabundos, bajo el fulgor frío de las estrellas o en el calor picante de los establos. Le inquietaba su mucha vejez, lo tardío de su paternidad, la orfandad, tal vez demasiado próxima, en que su muerte lanzaría a la madre y el hijo.

Orfandad de mendigo! Orfandad que sólo deja la experiencia de la maldad humana con sus besos, aulladoras las fauces, fosforescentes las pupilas, en las encrucijadas de todos los senderos.

Aquella tarde aguardaron la noche en lo más apocalíptico de la montuosa región, entre rocas cercanas y cumbres azules en la lejanía; caídos en el corazón pétreo de aquella tierra que conoció las más bárbaras convulsiones geológicas, y donde el silencio y la soledad absolutos hacían pensar que aquellos tres vagabundos habían entrado al fondo pictórico de un primitivo como una reintegración y como un retorno inevitables.

La madre contemplaba absorta, pálida y sin palabras las rocas que torrentes surcaron hacia millares de siglos. Allí tal vez se concluía el mundo; allí tal vez se detuviera su éxodo. Entre los brazos maternales el niño dormía, sin un rumor, sin un suspiro.

Y el padre, con su voz de imploración, empezó a lamentar su vejez con palabras que tenían el ritmo candoroso y humilde de los antiguos romances, de las salmodias litúrgicas, de las canciones arcaicas, que ponen un resplandor lívido en el holgorio de las romerías.

—¡Mala fortuna te acacha, hijo de mi senectud, que viniste a la hora en que tu padre se disponía a morir! Nacieras antes, y acaso habría libertado tu mocedad de ser, como la mía, befa de aldeanos y carne de cárceles; nacieras antes, y yo habría trabajado para que pudieses entrar los crepúsculos a una casa donde humeara la olla rebosante y unos brazos blancos te ciñeran amorosos el cuello. Pero viniste a deshora, hijo, y no sé cómo se nombrará la mujer que ames, el guarda que te persiga, los canes que codicien tus calcañares; no podré bendecir a quien te socorra, ni lanzar el castigo de mis sortilegios a los que te cierran las puertas, te muestren el puño cerrado, o—lo que es peor—ese índice autoritario que obliga a seguir andando, con los pies llagados, el vientre vacío y la cabeza calenturienta. ¿En qué día futuro, joh, hijo tardío!, levantarás los ojos al cielo y darás tu alma dolorida, vencida, incapaz de resistir ya más tiempo?—

Y cuando el viejo preguntaba esto, la madre abrió las manos como para ofrendar el sacrificio de la vida, tan nueva todavía.

—Mira.

—¿Qué?

El viejo posó las manos rugosas, negras de mendicidad, sobre el cuerpo yerto del infante. Le mataron el hambre y el frío. La bondad de Dios, tal vez.

Lentas, silenciosas lágrimas ponían un fulgor corriente sobre las mejillas pálidas de la madre joven. Pero en el fondo—oscuro y lleno de cosas antiguas, rotas e inservibles, como un desván—del padre viejo entró un rayo de sol.

Como en un desván, también.

José FRANCÉS



La preciosa hija de los marqueses de La Guardia

P. A. BÉJAR RETRATISTA DE NIÑOS

do el alma del niño
desde el instante mis-
mo en que, según el poeta
de «Ideales»,

«no existe música alguna,
nota, rumor o gorjeo,
como el primer balbuceo
del niño que está en la cuna»,

hasta el momento en que comienza a entre-
abrirse el capullo a los primeros besos de la
primavera de la vida.

Béjar es un trabajador infati-
gable; en su estudio hay siempre
varias obras comenzadas; por
allí desfilan grandes damas, ilustres persona-
jes, eminentes artistas; pero lo que él prefiere,
lo que él pinta con más cariño son los niños; y de aquí
ese largo cortejo infantil, esas bellas cabezitas aladas,
que pudieran figurar sin desdoro en una «Gloria» de
Murillo.

Acaso, más bien que de niños, han hecho sus mode-
los que Béjar se debiera llamar pintor de ángeles.

Ved si no las listas de los retratos infantiles que lleva
pintados, solamente en España—pues en Londres ha
hecho también numerosos retratos—, Pablo Antonio
Béjar:

Los del Príncipe de Asturias y sus hermanos, en
los que ha sabido reflejar los rasgos característicos de
la regia estirpe; los de S. A. el Infante D. Carlos; los
de Santo Mauro, que acaso se resiente de cierta rigi-
dez en la figura del entonces condesito de Estradas,
pero notable por el parecido y por la artística agri-
pación de los tres niños; el de la duquesita de Abrantes,
heredera de esos nombres históricos que, como el mar-
quesado de Sandoval y el del Duero, juntan con el re-
cuerdo de pasadas grandezas el de los hechos más glo-
riosos de la historia contemporánea, y, en fin, los de
los duques de la Unión de Cuba, los de Zaragoza y
Orany; de los marqueses de Amboage, de los de Ar-



Una futura señora conquesa de Medinaceli.

güelles, de los condes de Güell y de los hijos de los
señores de López-Dóriga, de Martínez del Río, de Bers-
tein, de Ibarra, de Madariaga, de Olaso y de la mar-
quesa del Baztán.

Es, sin duda, esta pintura al pastel, que con tanto
éxito cultiva el notable artista, género harto difícil,
pues a no alcanzar un supremo dominio de la técnica,
lleva insensiblemente al amaneramiento y al cromó;
en España fué el malogrado Vahamonde, el joven pin-
tor gallego tan maravillosamente retratado por la con-
desa de Pardo Bazán en *La Quimera*, quien resucitó el
género y quien hubiera alcanzado las altas cumbres
del arte a no haberle arrebatado la muerte en plena
carrera triunfal. Y buena prueba de ello es que estas
pasteles, que rara vez resisten a la acción destructora
del tiempo, que los torna pálidos y desvahlidos, conser-
vanse todavía—y ya va para tres lustros desde la muer-
te del pobre Vahamonde—con toda su pristina elegan-
cia y su admirable colorido, como aquellos retratos de
la entonces condesa de Pinohermoso y de la
autora de *San Francisco*, que fueron los jalo-
nes de su fama.

Falta tiempo y espacio en esta rápida rese-
ña para hacer un estudio, tan detenido como el
asunto merece, de los principales *pastelistas*
que han precedido al admirable artista en Es-
paña y en el extranjero; pero conviene señalar,
para justificar esta predilección de Béjar hacia
los retratos infantiles, que es, sin duda alguna, el
género de pintura que más se presta para la inter-
pretación de las tiernas figuritas. Así, los mismos
franceses, no sólo en el retrato, sino en sus trezcos
decorativos, tomaban como *leit motif* de sus asun-
tos grupos de alados angelitos, cuyas rosadas car-
nes desnudas competían en gracia con las floridas guir-
naldas que sus leves manos sostenían; eran sobre el
papel como esos deliciosos grupos que nuestro gran
Benlliure gusta de cincelar en el mármol de sus frisos
o sumergir en las aguas de sus fuentes...

¡Tema graciosamente puro y delicioso el de los ni-
ños en las Bellas Artes! La infantil alegría, los can-
dorosos juegos, y a veces la actitud solemnemente me-
ditativa y grave de un cachazudo pensador de siete
años, para quien la vida ha tenido ya quizás su pri-
mera hora melancólica—la del juguete roto, la de la
golosina negada por mamá—, son y serán fuente pe-
renne de inspiración para pinceles, plumas y buriles
y regalo inefable de las almas de cuantos saben sen-
tir la poesía de lo que nace, de lo que empieza a ser;
la flor que se abre, el pájaro que da su primer trino,
la estrella que nos manda su primer resplandor...

¡Dichosos los artistas que, como Pablo A. Béjar, acier-
tan a expresar tan bellamente esa purísima emoción!

MONTE-CRISTO



He aquí las lindas hijas de los marqueses de la Mina. Son las
tres Gracias infantilizadas. Tres Gracias que inundan el florido
parque con su alegría y con su candor.

BÉJAR es indudablemente uno de los más inspirados
intérpretes de la belleza infantil. Influido por la
escuela inglesa del siglo XVIII, que ha estudiado a
conciencia durante sus largas estancias en Londres, ha
adquirido esa elegancia peculiar de los Ronney, de los
Lawrence, de los Reynolds y de todos los grandes re-
tratistas de aquella época, verdaderamente gloriosa, de
la pintura en Inglaterra; se ha asimilado mucho de
lo bueno de esos grandes modelos, y ha puesto, además,
en sus cuadros algo más de brillantez en el colorido,
acaso también cierta ternura en la interpretación de
las infantiles figuritas que conservan en sus retratos
toda la gracia ingenua y toda la inocente desenvoltura
propias de esa edad en que la crisálida no se ha trocado
aun en mariposa.

Muchos son los niños aristocráticos retratados por
Béjar. Sería curioso e interesante reunirlos a todos;
unos, como la que hoy es condesa de Velayos y madre
de otros niños como ella rubios y como ella hermosos,
cobijan los blandos rizos de su cabellera bajo
las ampias alas de una pámela, lazada con
cintas azules, como las Princesas de Francia
que jugaban a las pastorcitas con la infortu-
nada María Antonieta; otros, como Tristán Fal-
có, hijo menor de los marqueses de la Mina,
aparecen indolentemente reclinados sobre la
hierba, posando sus delicadas manecitas en
un cesto de olorosas pomos; Totó Aliaga, aho-
ra marquesa de San Vicente del Barco, se mues-
tra entre una nube de batistas blancas, como una
rosa que hubiera milagrosamente brotado entre la
nieve...

Y ahí tenéis esos niños cuyos retratos ofrecemos
hoy a los lectores de LOS LUNES; el grupo de los hi-
jos de los marqueses de la Mina es una composición de-
liciosa; el colorido y la entonación de los trajes es per-
fecto; las lindas figuritas infantiles, que tienen toda la
delicadeza y toda la gracia de las viejas porcelanas de
Sèvres, parece que no rozan el suelo, que van a em-
prender un vuelo ligero de ángeles, esfumándose en el
espacio con sus largas túnicas rosadas...

¡Y esa niña gentil de Medinaceli, que lleva en su fino
rostro de nácar el sello indeleble de la egregia estirpe!
¡Y esta otra de los marqueses de La Guardia, vástago
de una raza en que florecieron espléndidas bellezas!

En todos estos cuadros hay más que las perfecciones
de la técnica: hay sentimiento, hay alma.

En general, los retratos más comprensivamente pin-
tados no son retratos del modelo, sino del artista. El
modelo no es más que el accidente, la ocasión. Esta teo-
ría, expuesta por un gran escritor amante de la para-
doja, no tiene aplicación a las obras de Béjar, porque
entre las delicadezas de su lápiz—la mayoría de sus
retratos son pinturas al pastel—parece que va surgien-



— CUENTO INFANTIL —

JUANITO quería un patín.

Juanito era un niño muy pobre, muy pobre.

Andaba casi siempre descalzo; pero aunque andaba descalzo, Juanito no quería unas botas. Juanito quería un patín.

Muchas veces había visto a otros chicos deslizarse ligeros por las calles asfaltadas y en cuesta sobre el maravilloso camruto de ruedas.

Muchas veces también Juanito se había parado ante los escaparates de las tiendas de juguetes y había visto con envidia los niquelados patines de gran precio; los lindos patines de ruedas con goma en las llantas, con guía de hierro, un juego de bolas en todos los rozamientos.

Juanito no era feliz, como no es feliz en esta vida todo aquel que tiene un deseo.

Pero esta falta de dicha no quitaba el sueño a Juanito, quien dormía ocho y diez horas de un tirón, si bien soñando a las veces con grandes cabalgatas de patinadores que rodaban las ruedas de sus aparatos sobre enormes pistas de asfalto, moviendo un estrépito ensordecedor...

Una noche, antes de acostarse, Juanito recibió un regalo de su madre.

En casa de Juanito se gastaba un chocolate muy malo: de esos chocolates que, a falta de cacao, ofrecen a los consumidores, como fino obsequio, unas estampas litográficas y alegóricas que duermen prensadas entre el papel de estaño y el papel de la cubierta que envuelve la libra del soconusco.

Juanito hacía colección de aquellas estampitas. Tenía ya el retrato de Colón, la conquista de Méjico por Hernán Cortés, un molinete de Belmonte y una alegoría de Ceres...

—La de hoy es muy bonita— dijo la mamá de Juanito al entregarle la pintada cartulina.

Y era, en efecto, preciosa. Representaba a la Fortuna sobre su rueda alada y provista del retorcido y exuberante cuerno de la abundancia.

Al recibir Juanito aquella alegórica litografía dió un grito de sorpresa.

La rueda alada de la Fortuna antojósele a Juanito el más rápido patín que pudiera concebirse. ¡Un patín con alas!... ¡Qué maravilla para deslumbra a los demás chiquillos!... ¡Si él pudiera pedir a aquella señora medio desnuda su rueda maravillosa!...

Impresionado febrilmente y oprimiendo la estampa entre sus deditos de rosa, nuestro héroe infantil se quedó dormido... ¡Y soñó unas cosas!...

Un viejecito con una barba muy blanca, muy blanca, y unas melenas muy largas, muy largas, se le apareció en sueños.

—¿Por qué lloras, Juanito?—le preguntó con cariño.

—Porque yo quiero el patín con alas de la señá Fortuna— respondió el muchacho.

—¿Qué dices, Juanito? ¿Estás soñando?

—No sueño, no. Mira esta estampa, y mira esa rueda que esta mujer lleva de-

bajo de un pie. Es una rueda con un ala a cada lado. Un patín muy bueno para correr mucho... ¿Sabes tú dónde se venden esos patines?...

—Esos atributos no se venden en las tiendas. Si quieres esa rueda tendrás que robársela a la Fortuna.



—¿Y dónde vive esa señora?

—Cada minuto vive en una casa distinta.

—Yo voy a buscarla.

—Es inútil. No la encontrarás. Es una dama que huye de los que la buscan.

—¿Tan mal genio tiene?... Yo voy a preguntarle a Chipito si la conoce.

—¿Quién es Chipito?

—Un chico de mi escuela, muy pobre, muy pobre, pero que conoce a mucha gente.

—Si es pobre no conocerá a esa señora ni de vista.

—Entonces la conocerá, de seguro, la Pitusa.

—¿Quién es la Pitusa?

—La hermana de Chipito. Una niña muy guapa, muy guapa.

—¡Ay de ella si por su hermosura llega a conocer la Fortuna!...

Juanito no entendía muy bien lo que el viejecito le decía; pero estaba dispuesto a dar con la señora aquella del cuerno lleno de cosas, para arrebatársela, fuese como fuese, su rueda con alas.

La conversación cruzada entre el niño y el viejo fué interrumpida por la voz de un golfillo que gritaba a pleno pulmón: —¡La lista grande!... ¡El gordo en Madrid!...

Antes de que acabase el pregón, ya el viejecito había dicho a Juanito:

—Mira: ahora puedes saber dónde encontrar a la Fortuna. Entérate de la casa en la que el premio mayor de la lotería ha buscado albergue, y corre ligero a la puerta. Allí ha de llegar la Fortuna llevando en su cuerno de oro los millones que el azar puso en manos del afortunado hijo de la diosa...

No quiso oír más Juanito. De un brinco se puso en la calle. Interrogó, indagó, preguntó a un guardia...

Por fin supo que el gordo había caído en casa de los duques de X, ricos banqueros de la población, que poseían un suntuoso palacio en cuyos balcones se

leía, en letras doradas, la razón social de la Casa de Banca «X y Compañía».

Juanito llegó al regio portal del palacio de los duques y esperó en el quicio la llegada de la Fortuna.

Sobre su ligero patín alado la vió Juanito, en sueños, llegar rápida y esplendorosa. Venía tal como el niño la había visto en la estampa. Dentro del cuerno, que abrazaba con elegancia, sonaban monedas de oro, y por los bordes del abundante atributo asomaban los billetes de mil pesetas, que Juanito no conocía, pero que suponía no podían ser de menor cantidad.

La Fortuna llegó de noche, y sobre su misma rueda penetró en el portal.

Un reluciente y uniformado portero salió al encuentro de la diosa.

—Para los duques de X—dijo la dama; y entregó al guardián el cuerno de la abundancia.

—¿Hay algo más?—interrogó el portero.

—Deseo que me devuelvan el envase.

Desapareció el diplomático ujier de blancas patillas, y la diosa sentóse en un banco del portal en espera de su cuerno.

Pero como tardase mucho el portero, se quedó dormida.

(La Fortuna duerme muy a gusto en casa de los poderosos.)

Aquella fué la ocasión que Juanito aprovechó para apoderarse de la rueda.

Apoyada se hallaba, de canto, sobre el saliente de la acera. Juanito acercóse de puntillas, y estirando su brazo desnudo... robó las alas a la Fortuna.

Apenas Juanito se vió dueño del patín maravilloso, montó en él y enfiló su veloz carrera hacia su casa. Su deseo era enseñar a su madre el nuevo juguete. Se sentía dichoso y quería hacer dichosos

a los demás. Le había bastado estar unos momentos cerca de la generosa deidad para sentirse feliz, afortunado, propietario, en fin, del patín más ligero del mundo.

En vertiginosa marcha recorrió algunas calles. El movimiento cada vez era más rápido y veloz. No podía Juanito pensar en aquella desbocada carrera. Llegó a tener miedo. La velocidad aumentaba. La vista se le nublaba. Por fin pudo distinguir la puertecilla de su casucha. La cuesta abajo que a ella conducía dió al aparato de las alas mayor impulso que el vuelo mismo...

Y... ¡catapúm!...

Juanito cayó en tierra, ensangrentado. Su madre salió, al estrépito, y pudo recoger el agonizante despojo de su hijo.

La rueda de las alas continuó sola su camino hacia las regiones ignotas...

En el palacio de los duques, la Fortuna despertó sobresaltada cuando el portero llamaba para entregarla el áureo cucurucho.

—¿Y mi rueda? ¿Y mi rueda?—preguntó anhelosa al notar la falta de su monociclo.

En el mismo instante, el duque de X, que bajaba las escaleras y cruzaba el portal, preguntó a la Fortuna qué le ocurría.

—¡Mi rueda! ¡Me han robado mi rueda!—contestó la infeliz, aquejumbreada—. Ahora ya no podré moverme de aquí nunca.

—¡Vaya un inconveniente!—arguyó el duque—. ¡Mejor que mejor!... ¡Te quedas con nosotros!...

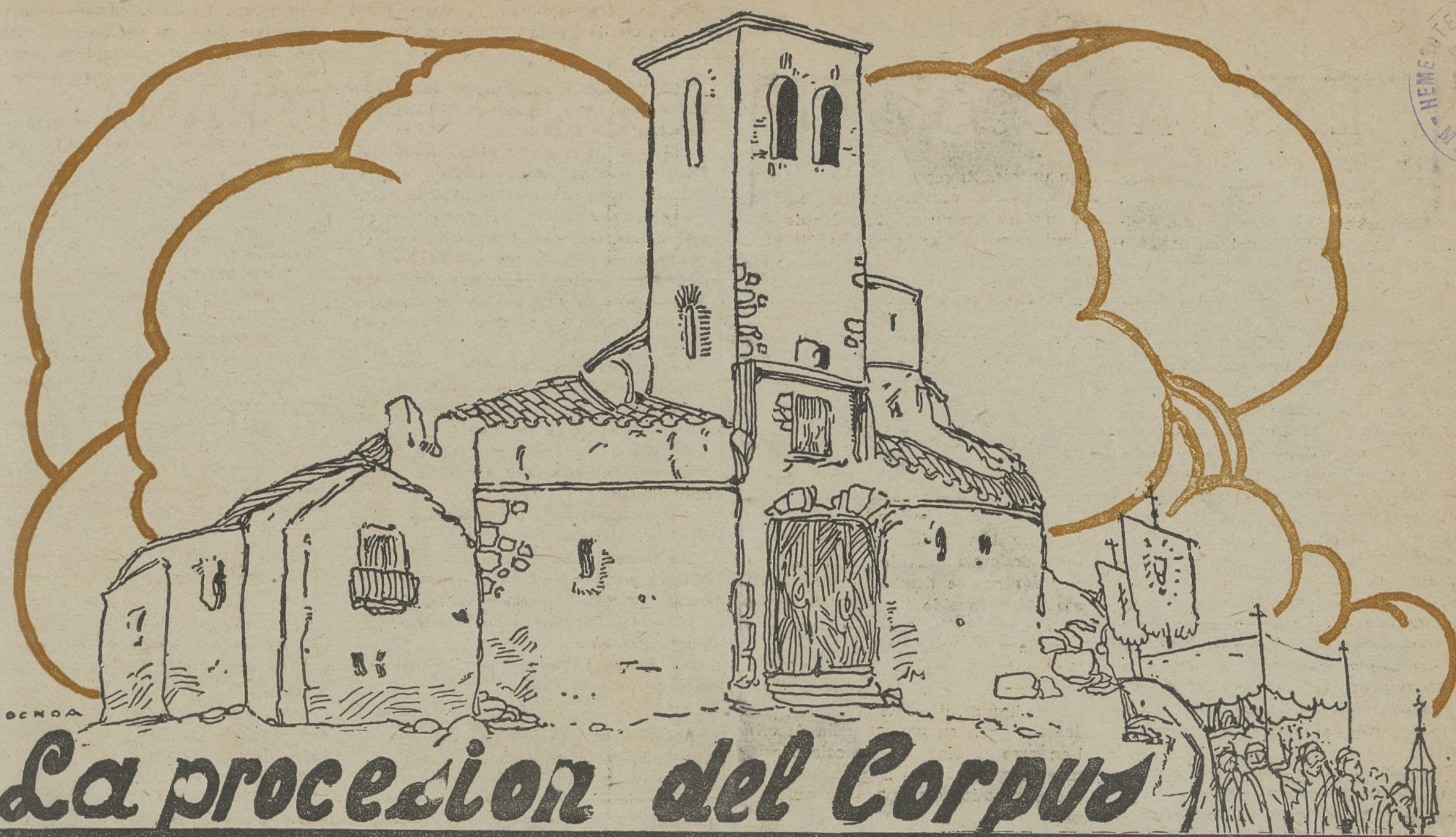
Y la diosa quedóse para siempre en casa de los ricos.

Y es que los pobres no logran ser dichosos ni robándole las alas a la Fortuna.

Luis DE TAPIA

Dibujos de HERMÚA.





ANUNCIÁBASE ya en lo hondo de la calle, con claro tintineo, el advenimiento de la sagrada Custodia del Corpus. La tibia tarde de junio, que había estado velada hasta entonces por nubes ligeras, se abrió en un rompimiento jubiloso y llenó de luz la pobre estancia. En aquel momento, la patrona, una buena mujer de alma sencilla, llamó quedamente a la puerta.

—¡Don Antonio! ¡Don Antonio! ¿No quiere usted ver la procesión?

Sonaba allá fuera, llena de un júbilo infantil; la voz de la buena mujer, que los años no habían conseguido hacer vieja. Y estremecido por aquellos acentos juveniles, D. Antonio, el viejo taciturno que trabajaba siempre llenando de unas letras que pronto se tornaban amarillas rimeros de papeles, se incorporó en su asiento ante la mesa desvencijada.

Hizo una pausa en su trabajo... ¡El Corpus!... ¡Cómo, a pesar de sus años, de su saber y de su incredulidad, le conmovía este nombre! Vivía olvidado de toda fiesta, de todo rito antiguo, obcecado en aquella labor literaria de poeta maldito que no lograba la celebridad. Vivía así con el alma enconada de despecho, la espalda vuelta a toda belleza natural, abstraído en sus rimas artificiosas o en sus discusiones de cenáculo, sin ver el sol, ni tampoco la luna, como no fuese las grandes lunas de los espejos de los cafés.

Y, sin embargo, ¡cómo le había conmovido la voz de la mujer sencilla! ¡El Corpus! Y advirtió de pronto que este nombre tenía vivas y hondas raíces en sus recuerdos. Era, allá en la provincia, un esparcirse de juncia por las calles, que ya estaban estivalmente entoldadas; un rebrillar de áureas dalmáticas, un loco repicar de campanas que no apagaba los píos de las golondrinas, sino que los hacía más vivos, sobre las azoteas; una general alegría, algo así como un triunfal y pesado estremecimiento de júbilo que consagraba la gloria del estío. El era niño entonces; vestía ya su traje de verano y veía pasar la larga procesión en aquella calle entoldada, donde los pies se hundían en ramos de romero y de juncia...

Ahora ya había olvidado todo aquello y apenas si cada año se enteraba del Corpus cuando veía servir en los cafés los sorbetes de junio. Pero ahora, por la dulce voz de la mujer que le advertía, sintió el anhelo de ver la procesión como en su infancia. Se asomó al balcón y contempló la calle, que, allá en lo hondo, estaba llena de jubilosos gritos y de toda clase de festivos murmullos. Avanzaba la Custodia a lo lejos, muy lejos aun, y todo a lo largo había

estacionado un largo cortejo de mangas parroquiales y estandartes sagrados. Parecían haberse detenido para que él los contemplase, y él bañaba sus ojos en aquel oro tierno que relucía abrigado por el sol cansado de la tarde. En el balcón contiguo al suyo estaban la patrona y sus dos hijas, delgadas y pálidas, que ahora, por la alegría mística del Corpus, parecían transidas de un júbilo profundo. De pronto se oyó un grito. ¡La Custodia! Avanzaba la Sagrada Forma en su cerco de oro, cándida y transparente como un sol que no hiriese, erguida sobre una acumulación de campestres primicias de espigas y amapolas. No era el lujo de la provincia, ni tampoco en este país del Norte se habían encontrado en este tiempo los racimos de agraças que allá en el Mediodía decoraban las vides. Tampoco cubrían la calle



el romero y la juncia, ni había aquella pompa de sacerdotales ornamentos. Tampoco se sentía aquel ardor pesado de junio que hacía más solemne y lento el cortejo sagrado.

Pero, no obstante, conservaba la procesión todo

su encanto místico, y, en la tibieza del ambiente, la Sagrada Forma parecía concentrar en sí todo el ardor del sol ausente y brindarse como una promesa de los veranos místicos, que abraban dulcemente las almas y las hacen languidecer cargadas de primicias divinas, más preciosas que los frutos del Sur. Y era conmovedor ver cómo todo el mundo se arrodillaba en los balcones, en el suelo, al paso de la pobre Custodia, que encerraba en su cerco de oro sin laborar el Divino Cordero.

También D. Antonio, vencido por aquella belleza evangélica, iba a arrodillarse. Mas de pronto notó que el aire se nublaba con unos papelitos de colores que llevaban letras impresas: los arrojaban los niños y eran de todos los colores. Entonces recordó; eran las aleluyas que se acostumbraba arrojar al paso del Santísimo; pareados vulgares que tenían, sin embargo, la intención de una ofrenda de arte y perpetuaban las tradiciones de las antiguas loas. Y el poeta maldito tuvo una inspiración. Rápidamente entró en la estancia y cogió de sobre la mesa su mejor poema, un poema metafísico y sensual, un himno panteísta al verano, que, por lo raro de su forma, habían desdeñado todos los directores de revistas literarias. Su sentido era heterodoxo; pero el preciosismo del poeta lo había llenado de palabras bellas y puras, y leído a trozos podía parecer un salmo místico recitable en un templo. El poeta rápidamente lo partió en pedazos con un fervor súbito, hasta dejarlo reducido a porciones, en las que sólo se podía leer una palabra inocente: cielo, azucena, lirio, rosa, mujer, estrella, amor... Luego, en un gesto pródigo, arrojó aquellos fragmentos al paso de la Custodia: los vio revolotear lentamente y prenderse en los cabellos y en los pliegues de los trajes y en las manos infantiles que se les tendían abiertas. Les vio envolverse en las nubes del incienso y en las armonías de la música sacra y lograr así una gloria anónima y magnífica, y encontrar, finalmente, lectores entre los niños de alma ingenua. Y mientras con aquel gesto loco se vengaba del desdén de los editores, se sentía el alma aliviada de un gran peso, halagada por el júbilo de haber hecho una ofrenda restituida a aquel remoto tiempo de su infancia en que él, estivalmente vestido de claro, arrojaba al paso de la sacra Custodia, ingenuo y fervoroso, no mustios papelillos, sino rosas, grandes rosas vivas, de los precoces jardines del Sur...

R. CANSINOS-ASENS

UN GRAN PROGRESO DE LA INDUSTRIA NACIONAL

LAS RADIOCOMUNICACIONES EN ESPAÑA

ESTAMOS seguros de dar a muchos de nuestros lectores una verdadera sorpresa con la noticia de que España figura en la primera línea del movimiento radiotelegráfico. No sólo tiene estaciones en cantidad muy superior a varios de los países aparentemente más progresivos, y perfeccionadas con los últimos adelantos, sino que la industria radiotelegráfica ha alcanzado aquí un desarrollo asombroso.

Los primeros que en nuestro país comenzaron a preocuparse de estos estudios fueron los ingenieros militares, a quienes se debe principalmente el actual estado de progreso. La Marina de guerra concedió después al asunto toda la importancia que tiene, y más tarde se fundaron en Madrid los talleres electromecánicos Telmar, que constituyen incuestionablemente, aparte una realidad maravillosa, un motivo de grandes esperanzas para cuantos confían en el pronto resurgir de la nación española en todos los órdenes, sin excluir los más delicados y difíciles de la actividad humana.

Con ocasión de la reciente visita de los alumnos del cuarto año de ingenieros militares a los talleres Telmar, se patentizó de un modo elocuente cuánto puede ser el aporte de España al progreso universal. Funcionando todos los aparatos, y en plena actividad los talleres, pudo apreciarse entonces la gran obra de este núcleo de españoles, que, a tiempo de encontrar ocupación digna para sus actividades, acercan España al lugar donde estuvo en otras épocas, y del cual, por apatía y abandono, había ido alejándose.

Hemos visitado la fábrica al mismo tiempo que los alumnos, y pocas veces, al acercarnos a otra manifestación de la vida nacional, pudimos experimentar una satisfacción tan intensa y un orgullo tan justo. En esta fábrica se construyen toda clase de estaciones radiotelegráficas y radiotelefónicas sistema Marconi, aparatos telegráficos Hughes, el material auxiliar y también unos receptores que, colocados dentro de una habitación, sin antena ninguna exterior, permiten recibir las señales por lejano que esté el punto de procedencia. Nosotros hemos escuchado una conversación con una ciudad muy distante, y otra con un buque que navegaba en pleno Atlántico.

Y nada tan sencillo, en apariencia, como estos receptores. Son apenas un cuadro de un metro de lado, que gira en tor-

no a un eje. El receptor, donde se bobinan unas diez vueltas de flexible y que se completa con un amplificador de siete válvulas, es, sin embargo, el último y más grandioso progreso de la radiotelegrafía.

—Este descubrimiento de las válvulas—decimos—parece que tiene una importancia enorme.

Uno de los ingenieros directores de la Casa, que nos acompaña, nos informa detenida y amablemente.

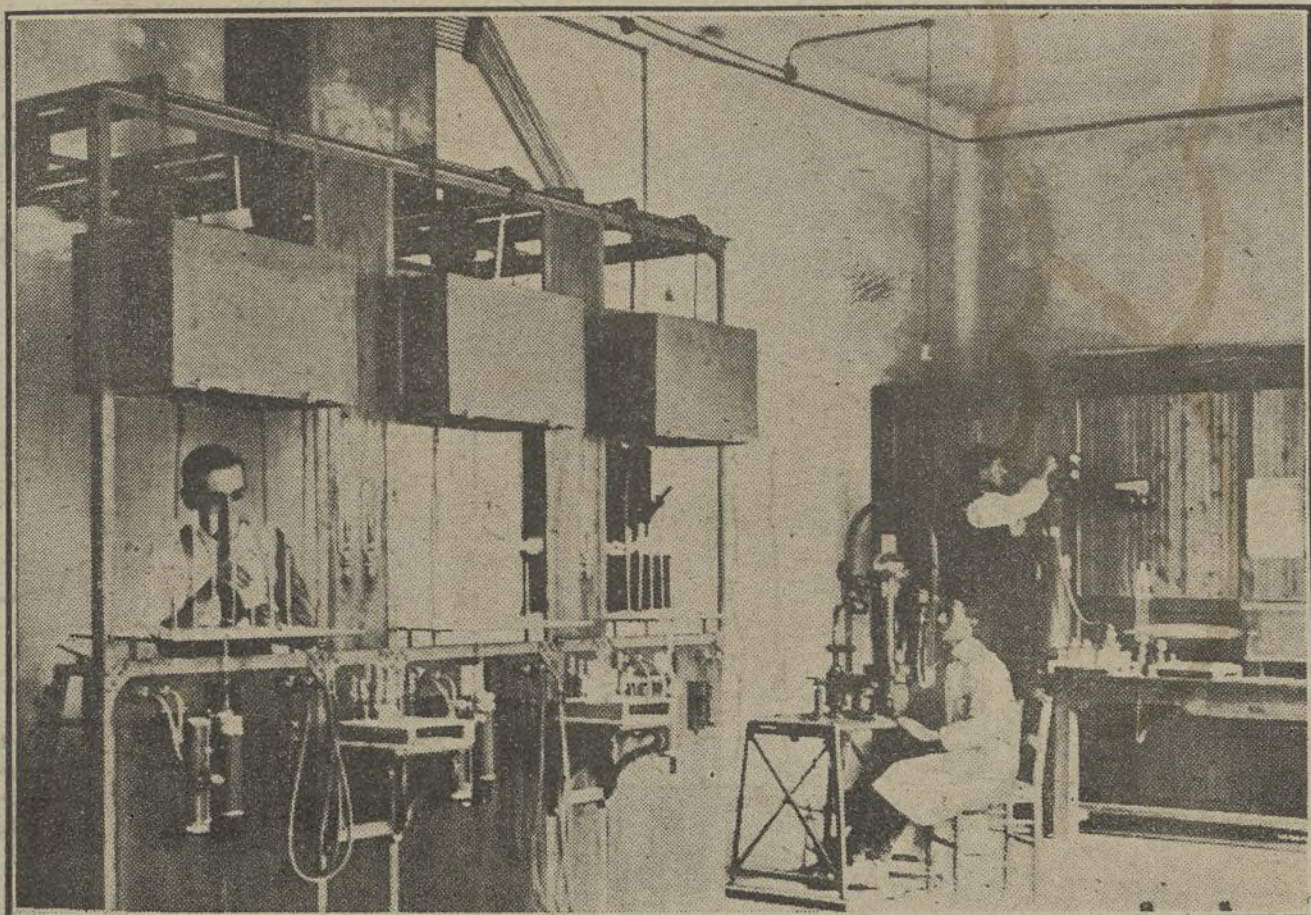
—Tanto, que gracias a ellas se han podido suprimir aquellas antenas gigantes empleadas hasta ahora. Con estos cuadritos las antenas ya no hacen falta. Pero hay más. Las válvulas, que llevan el nombre de válvulas termoiónicas, son una verdadera maravilla de la moderna técnica. Sin este descubrimiento prodigioso hubieran sido imposibles los progresos que se realizaron recientemente en telegrafía y telefonía sin hilos.

Y al momento pasamos a la sección de los talleres donde las válvulas se fabrican. Las hay de diferentes tamaños; pero todas consisten en una ampolla de cristal en cuyo interior se halla colocado un filamento que, cuando llega a la incandescencia, emite electrones de potencia enorme y los orienta en una sola dirección, venciendo así el mayor inconveniente con que en la práctica tropezaba la radiotelegrafía y la radiotelefonía; y por esta propiedad se ha dado el nombre de válvulas a tales aparatos. Unos serán para la transmisión, y otros, los más pequeños, para la recepción de señales.

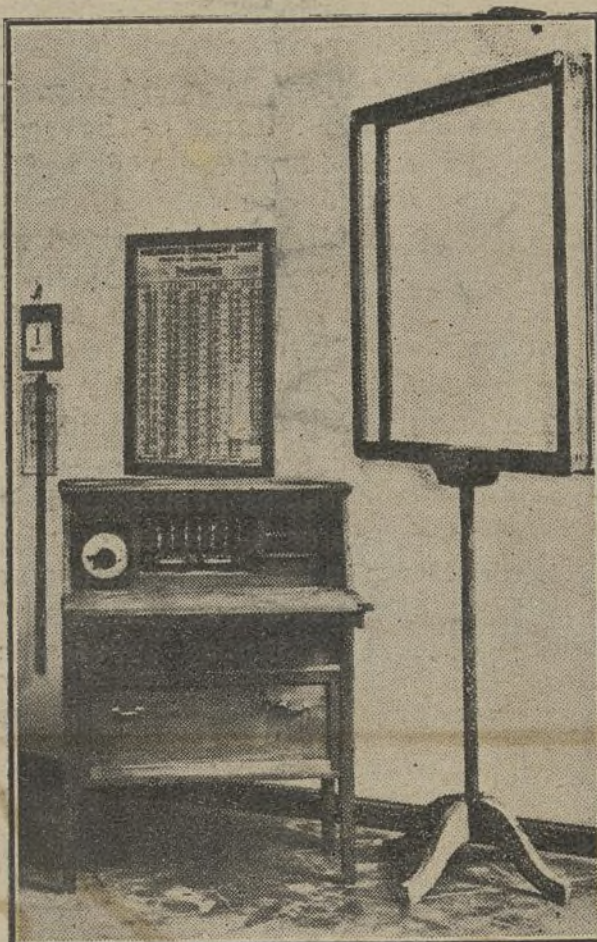
Se nos explica en seguida la fabricación de éstos y aquéllos. Se trata de operaciones delicadísimas, pues el más pequeño descuido puede echar a perder el trabajo de muchos días y materiales muy costosos. Algunos de éstos hay que someterlos a un tratamiento termoquímico en hornos donde

lo más difícil de conseguir no es la alta temperatura, sino la constante regularidad del calor. Pero más difícil todavía es la extracción del aire contenido en el

las hicimos en 1917, consiguiendo una comunicación perfecta entre la estación de Aranjuez y la de la Casa de Correos de Madrid. Poco después, en mayo de 1918,



Taller en donde se construyen las válvulas termoiónicas.



Estación receptora con antena de cuadro.

interior de la válvula, para lo cual se requieren temperaturas tan frías que empiezan a contarse desde los cien grados bajo cero. Para que la válvula funcione, el vacío ha de ser absoluto, y para obtenerlo no sólo se extrae el aire de la ampolla, sino también los gases incluidos en los elementos metálicos del aparato.

Las válvulas, después de todo esto, se someten en los laboratorios de la fábrica a pruebas tan rigurosas, que no se ha dado el caso de devolución alguna ni de la queja más insignificante.

satisfechos de la experiencia, instalamos las estaciones de radiotelefonía, basada en estas válvulas, en los acorazados «Alfonso XIII» y «España». Y no dejen ustedes de consignar un dato muy interesante: todo el personal técnico, todo en absoluto, es español; el directivo y el administrativo, también.

—Las pruebas realizadas entre Aranjuez y la Casa de Correos, ¿eran de radiotelegrafía o de radiotelefonía?

—De esta última, en cuya perfección tenemos un interés enorme. Desde entonces hemos realizado otras muchas, y algunas, curiosísimas. Hemos hablado desde Cuatro Vientos con los tripulantes de un aeroplano militar en vuelo desde Madrid a Guadalajara, y desde Aranjuez, con Londres. Esto aparte, los oficiales del batallón radiotelegráfico de campaña están haciendo pruebas constantemente con aparatos portátiles.

Ahora nos hallamos interesadísimos en la estación radiotelefónica que, dirigida por los jefes del Centro Electrotécnico, se está montando en Carabanchel.

—¿Y qué esperan ustedes de esto?

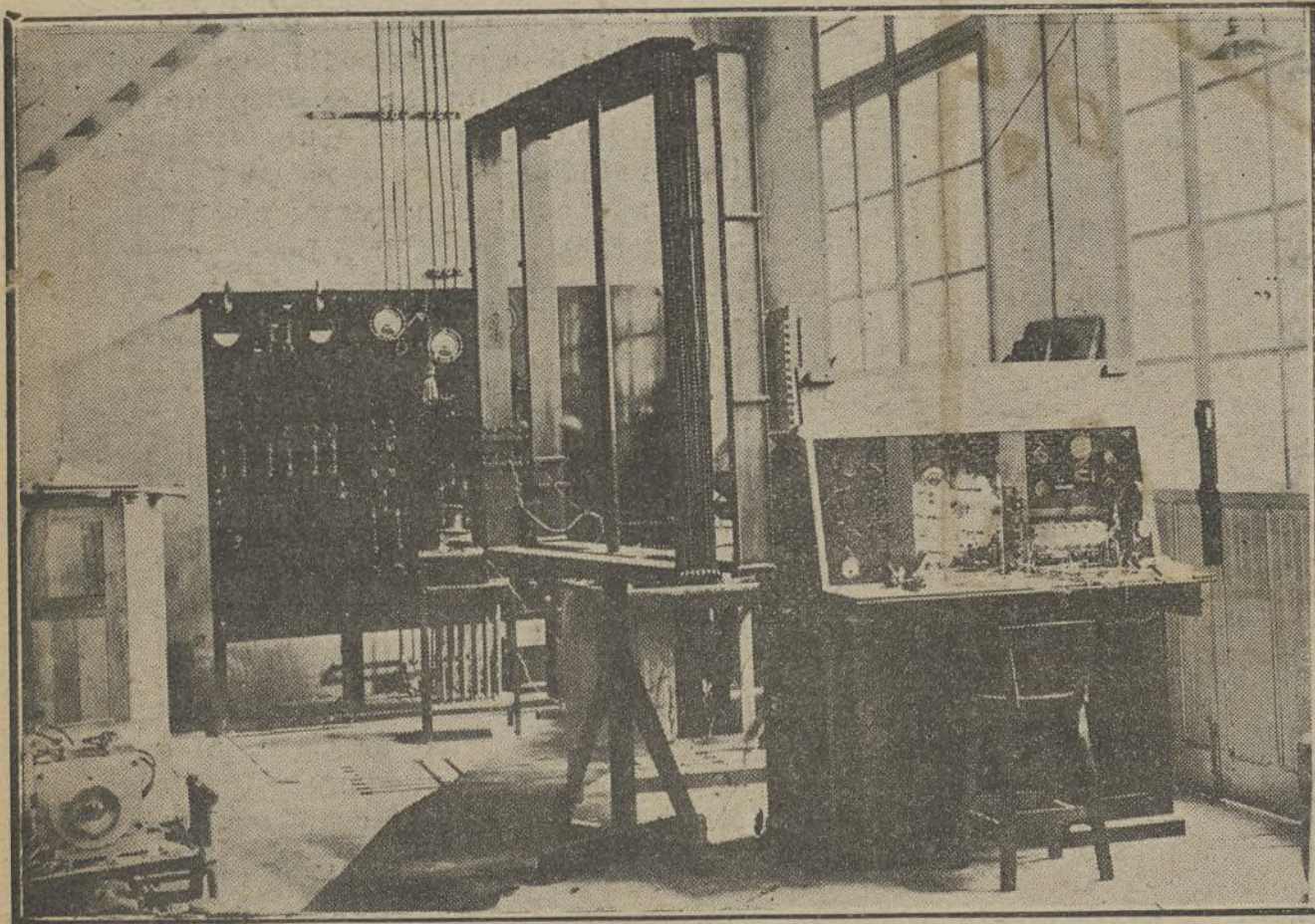
—Pues que puedan celebrarse fáciles y normales conferencias entre Madrid y Tetuán. Ya ven ustedes si esto tiene importancia con los intereses que en la actualidad nos ligan a Marruecos.

La visita a esta fábrica deja una confortadora impresión de optimismo. España, famosa por su arte, en el terreno científico sólo consiguió respeto para algunos de sus hombres. Nadie creía que aquí pudiera haber esta capacidad de colaboración en grande con las naciones a quienes tanto preocupan los progresos de la ciencia; y sin embargo...

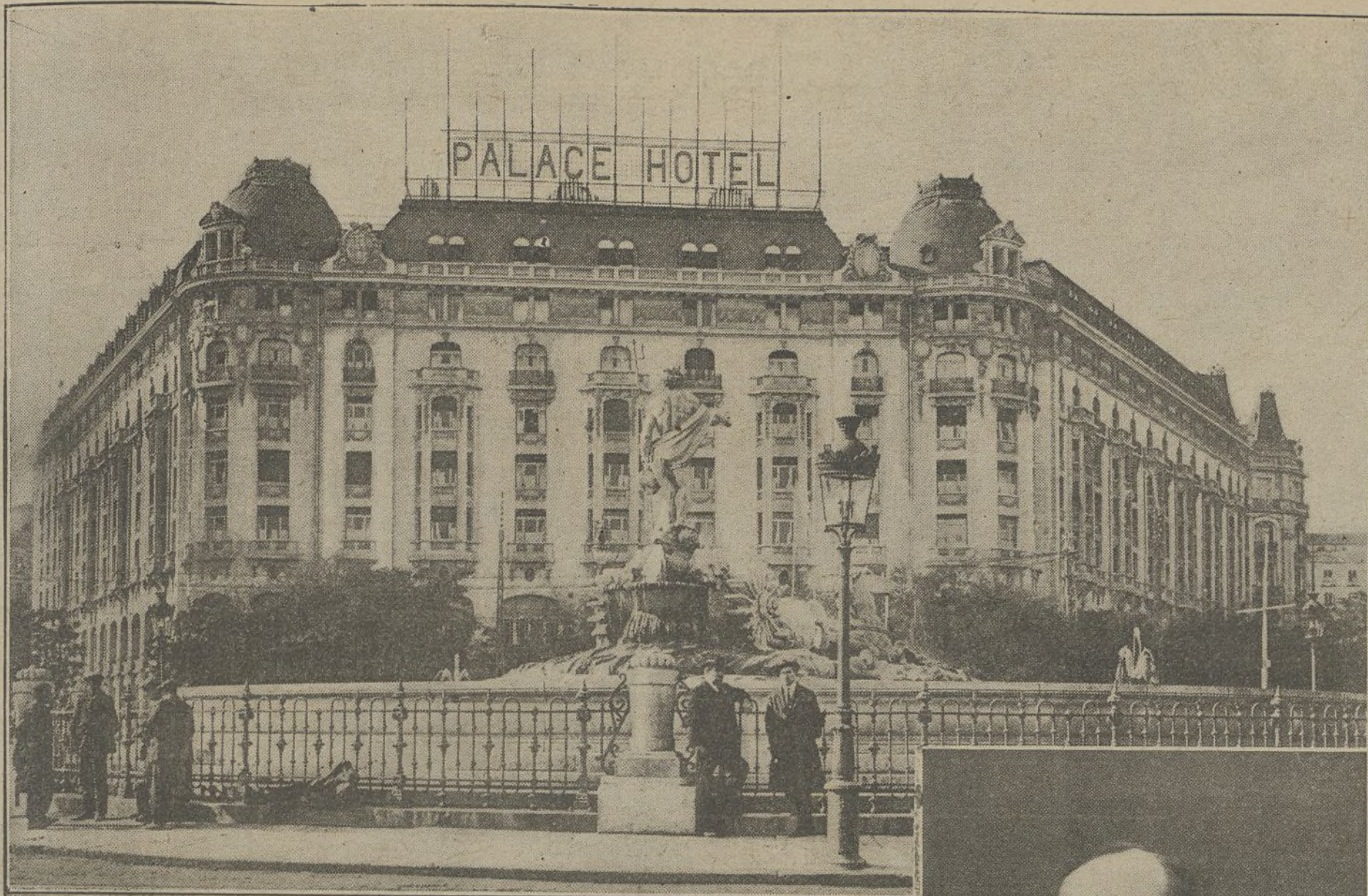
Al salir, satisfechos por nosotros y por la grata sorpresa que íbamos a dar a tantos de nuestros lectores, se nos vino a la memoria cierta frase, reciente, del gran Guerra Junqueiro, respecto a España: «España no es un fruto podrido, como creen algunos españoles ilustres. Es, por el contrario, un fruto verde que irá madurando poco a poco y dando otra vez al mundo grandes ocasiones para que se la respete y se la admire.»

M. de X.

Fotografías Alfonso.



Pruebas en una estación de telefonía «Cabinet».



Faciada principal del «Palace Hotel».

Lo que vió en España un hombre de negocios

Antes de hacer un estudio de la evolución progresiva que en las distintas fases de la vida industrial se ha operado en España se ha de señalar, como orientación y planteamiento de futuros negocios, cómo surgió la idea de construir en Madrid el «Palace Hotel», cuya factura y exquisito *comfort* le hacen figurar entre los primeros del mundo.

Fué en el año 1897. Monsieur Marquet, de paso para Portugal, se detuvo en Madrid unos días, hospedándose por aquel entonces en uno de los mejores hoteles de la corte: en el «Hotel París».

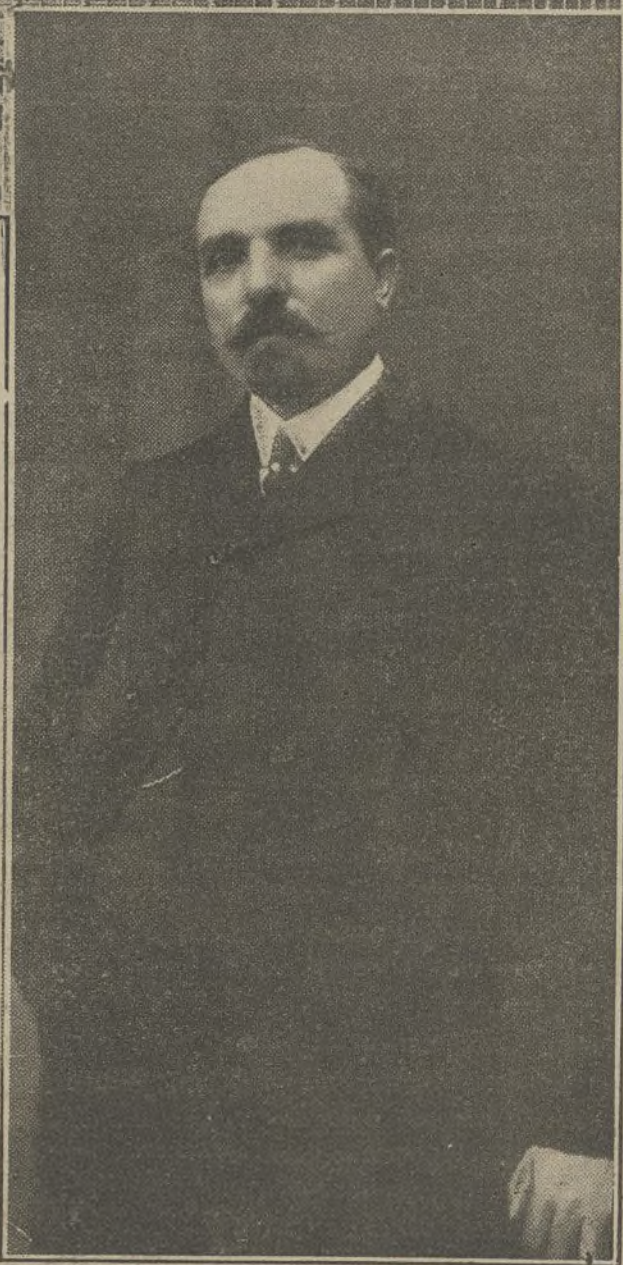
El hombre de mundo y el psicólogo de las grandes empresas financieras vió con no poca sorpresa que, a pesar de no reunir el hotel todas las condiciones higiénicas que la ciencia aconseja, y de pagar por una habitación sin cuarto de baño cincuenta pesetas diarias, el hotel estaba lleno. Y reflexionó...

Muy interesante le pareció España; tan interesante, que en viaje de recreo hizo a la corte una segunda excursión, allá por el año 1910. Se hospedó en el «Hotel de la P.», antiguo caserón que ostentaba con orgullo un pasado de grandeza y en el que por alojamiento le cobraron ochenta pesetas diarias, sin

disfrutar de más beneficio que los rayos solares que le daban de cara al penetrar de lleno por los cristales del balcón.

Y aquí entró en acción el hombre de negocios, con esa actividad tan proverbial en los grandes luchadores. ¡Había que construir un hotel que honrase a la capital de España!

Buscó el terreno. y después



Monsieur Marquet, fundador del «Palace Hotel».



Vista exterior del «Hotel Ritz».

de vencer con gran tenacidad un sinnúmero de dificultades, acompañadas de no pocas conferencias y gestiones, compró el solar de la plaza de las Cortes, donde levantó, airoso y soberano, uno de los mejores hoteles del mundo: el «Palace Hotel».

Su construcción, alarde de grandeza y de fuerza ornamental, empezó en marzo de 1910, inaugurándose en septiembre de 1912.

Pocos meses antes, había abierto sus puertas con gran fastuosidad el «Hotel Ritz», llevando una vida lánguida, quizás por falta de entusiasmo o de confianza de los elementos directores. Lo cierto es que el Consejo de administración lo ofreció a M. Marquet, quien con sus grandes iniciativas le dió vida, desarrollándolo en forma progresiva, atento a las necesidades modernas.

Hoy día es el hotel preferido de la aristocracia de la sangre y del dinero.

Como si este esfuerzo de trabajo no fuese suficiente, en su acción constante para desarrollar su enorme reserva de energía, M. Marquet compra el «Hotel París», que transforma y embellece con un gusto y refinamiento exquisitos; todo lo que permite la estructura y condiciones del hotel. En la reforma prevalecen como características necesarias la higiene y el *comfort*.

Monsieur Marquet, que es un enamorado de España, sostiene la teoría de que la fortuna de un



Hall del «Palace Hotel».

país se refleja, sobre todo, en las grandes construcciones de hoteles modernos.

A extremo tal—dice—, que el Estado español debería intervenir de forma directa para que en todas las capitales de provincia se levantaran grandes hoteles, porque en todas se necesitan, y se lograrían grandes beneficios.

En Madrid es esto doblemente interesante, si se tiene en cuenta las bellezas que encierra ese Guadarrama, cosa única en el mundo. A 50 kilómetros de la corte se ve uno transportado a una altura de 1.800 metros, recibiendo cara al sol el aire de la Sierra y, a pecho abierto, el oxígeno puro que tonifica los nervios y da vida a los pulmones...

Como complemento, el Gobierno debería crear también escuelas hosteleras, como en Suiza, Alemania y, hoy día, en Francia, dando así trabajo interesante y remunerador a muy cerca de 50.000 personas.

Se fomentaría el turismo, y las grandes Empresas financieras se

disputarían el desarrollo de grandes negocios mineros, ya que tan rico y pródigo en minerales diversos es el subsuelo de España.

Además de todo esto—dice con tono reposado, como quien siente una viva satisfacción al exponer un juicio que refleja una verdad—, tienen

En conclusión: hagan ustedes hoteles modernos en España y atraerán al mundo entero, que completará la fortuna del país.

ustedes un Soberano que sostiene todas las obras interesantes del país y presta su alta protección a cuanto signifique vida y progreso.

Hemos procurado reflejar fielmente esta conversación interesante, tanto más, cuanto que es opinión de un hombre de negocios que sabe orientarlos y darles vida, no sin que vayan precedidos de sereno estudio.



Hall del «Hotel Ritz».

Buena prueba de ello es el «Palace Hotel», el más práctico y moderno del mundo, con sus 600 habitaciones con cuarto de baño, dotadas de higiene y de luz, amuebladas con la elegancia que preside lo más *chic*; con *comfort*; con un *hall* espléndido, cuyas proporciones y detalles de lujo constituyen un alarde de buen gusto; con los comedores regios ornamentados con bajo-relieves de gran mérito artístico; con su teatro, sus salones de fiestas, salas de billar, su biblioteca, su central de teléfonos, sus vastos departamentos de organización admirable...

Detalles son estos que dan idea exacta del suntuoso hotel que dió vida a la capital de España y que se levanta entre los primeros del mundo ostentando el blasón de su insuperable grandeza.



Fachada del «Hotel Paris» a la Puerta del Sol.

Fotografías Alfonso